

¡Viva Cinco de Mayo!

By Antonio Tovar

A pesar de lo incoherente que es la celebración de esta fecha, Cinco de Mayo, en muchos lugares de Los Estados Unidos, tanto para anglos, chicanos y mexicanos significa un gran acontecimiento por ser un día de júbilo. En el cual, lo mismo se bebe, se bailan danzas aztecas o se tocan mariachis mientras se celebran misas en honor a La Virgen de Guadalupe, que se desfila vestido de luchador enmascarado o de Caballero Águila. Pero, en ciudades como Tucson, Arizona, este magno acontecimiento no parece celebrarse.

Luego de visitar los predios de una reservación indígena, perteneciente a una tribu local llamada: Pime, en la que el atractivo turístico principal era una antigua Misión Jesuita, cuya construcción data de la era Novo-hispana, tras largo rato de andar perdidos buscando una salida en los veloces y complejos freeways que rodean la ciudad, por fin llegamos al centro de Tucson.

La visita a la mencionada Misión fue una experiencia única. Enriquecedora. Tanto cultural como arquitectónicamente.

Cuando nos desplazábamos hacia la reservación, manejando sin prisa en dirección sur, por la carretera número diecinueve, (la misma carretera que conduce a la ciudad fronteriza de Nogales), al lado derecho del camino, sobre una meseta color coral, rodeada de cactus y arbustos verdes de distinta gama, apareció de pronto recortada contra el cielo azul una hermosa construcción blanca. Monumental. Portentosa. Erguida como un soberbio monolito de piedra en medio del desierto infinito.

Minutos más tarde, luego de adentrarnos unos cuantos kilómetros por una polvorosa línea irregular trazada en la tierra seca, arribamos a una colosal explanada cercana a la iglesia donde estacionamos el coche. Segundos después, al descender de este y asegurarnos de que las puertas estaban bien cerradas, mi mujer y yo, casi simultáneamente con otros turistas que en ese momento también habían estacionado su vehículo, con teléfonos y cámaras hicimos varias tomas fotográficas de aquel magistral paisaje; en el que la luz del medio día caía plena en ese instante sobre la antigua construcción de madera y adobe. Gracias a la luz potente del mediodía, las paredes blancas que revestían aquella monumental construcción, lucían espléndidas entre la tierra rosa y el azul brillante del cielo sin nubes.

Apenas andar unos cuantos pasos, rumbo al atrio de la iglesia, y luego de tomar varias fotografías, descubrir en el lado derecho de la enorme explanada de tierra rosada una hilera a de minúsculas construcciones armadas con palos y ramas secas. En las que algunas familias indígenas vendían a los turistas platillos de la gastronomía local.

Entre los platillos que aquellas familias ofrecían a los turistas que destacaban dos especialidades: una era llamada *Indian Bread* y la otra era nombrada *Indian Taco*.

El primero consistía de una especie de tostada gruesa, frita, similar a los buñuelos. La que, al igual que estos, iba cubierta con miel y nevada con un poco de azúcar en polvo.

El segundo platillo, muy parecido en forma y dimensión al primero, era una enorme tostada de harina frita coronada con una mezcla de lechuga, frijoles, jitomate, bañada con salsa verde o roja. La visión repentina de estos improvisados puestos de alimentos, atendidos por hombres y mujeres indígenas, frente a la hermosa construcción colonial, inevitablemente, me hicieron asociar esta imagen con la de cualquier pueblo de México. Con la única diferencia tangible, entre mis recuerdos mentales y sensoriales, y el presente que observaba, que estos indígenas aparte de su lengua materna hablaban inglés.

Cuando concluimos el recorrido por los patios del convento, y después de pasar en silencio largo rato en el interior de una capilla rodeada de santos de diversos tamaños y miles de veladoras, después de un largo paseo por unos bellos jardines de cactus sembrados alrededor de la iglesia, (a la capilla principal no pudimos entrar porque en ese momento oficiaban una misa bilingüe en español e inglés), nos detuvimos frente a una de estas enramadas en la que vendían alimentos para comprar una botella de agua y probar un poco de la gastronomía Pime.

Mientras esperábamos a que nos prepararon los alimentos que pedimos, muy discreto tomé algunas fotografías. En una de estas imágenes tomadas aparecía una mujer indígena, gruesa, de piel oscura, vestida con una combinación de color azul, y sostenía en las manos un paraguas abierto de color azul intenso. La silueta de la mujer estaba recortada contra la silueta blanca de la iglesia la cual, en conjunto, era una imagen muy hermosa. Igual que sus pies; los que vistos a través de la cámara fotográfica también eran hermosos, porque sus zapatos rojos contrastaban visiblemente con el color de su piel morena y el color rosado de la tierra.

A estas imágenes, captadas en el transcurso de espera de los alimentos, y al pedazo de *Indian Bread* que saboreaba lento sentado a la sombra de un automóvil, sobre un grueso tronco de árbol seco, les acompañaba el estruendoso sonido musical que salía disparado de un moderno aparato electrónico en el que sonaba a todo volumen la música escandalosa del grupo australiano *ACDC*, el que interpretaba en ese momento su versión metálica de: *knock knock knocking on the heavens door*..al mismo tiempo que un joven de la tribu freía la harina con la que nos precaría un succulento *Indian Taco*.

Encontrar donde estacionar el auto en el centro de Tucson no fue difícil a pesar que en las calles principales había una celebración pública. Como en ese momento, nuestro único propósito era descubrir, cualquier cosa que la vida nos pusiera enfrente, luego de estacionar el auto nos aventuramos a la plaza para saber cuál era el motivo de aquella colorida celebración.

En todas partes por donde nos movíamos había filas de minúsculos puestos, en los que se ofrecían a la venta joyería artesanal, ropa, y diversos objetos domésticos elaborados con madera y metal, bebidas frescas y comida. También, poco más allá de los puestos, arriba de un enorme estrado, un reducido grupo musical interpretaba viejas melodías que me recordaron por los sonidos la época de los *cowboys* en el *Salvaje Oeste*. La misma música que tocaban en las películas en blanco y negro que veía en la televisión o en el vetusto cine de mi barrio cuando era niño.

Tras un breve paseo por dicha celebración, la que por cierto era un tanto aburrida, cruzamos la plaza principal siguiendo los sonidos de otro cantar; el que se escuchaba al otro lado de la calle.

Minutos más tarde, arribamos a un pintoresco sitio, el que aparentemente era la parte más antigua de la ciudad donde también sonaba música y había más puestos de comida y artesanías.

Luego de recorrer el perímetro de los puestos nos internamos sin rumbo por una minúscula callecita. La que nos condujo hasta las paredes a una deteriorada construcción de adobe; más tarde supimos que aquello fue alguna vez un antiguo fuerte militar novo-hispano. En el que habían improvisado, en lo que alguna vez fuera el patio del cuartel, en un rincón sombreado, un minúsculo escenario. Al momento de nuestro arribo al patio del antiguo cuartel, frente a un disminuido público disperso bajo un tejado de lona color amarillo, un grupo diverso de mujeres de distinta edad ejecutaba una especie de coreografía aeróbica al ritmo de música electrónica.

Mientras aquellas mujeres ejecutaban su baile, para un público divertido por lo surrealista que era aquella escena, al mismo tiempo un grupo de danzantes aztecas se preparaba para subir a escena. Los danzantes eran hombres y mujeres de todas edades. Quienes, en ese instante, lo mismo se acomodaban el penacho que encendían copal; mientras afinaban caracoles y tambores, a la vez que se cubrían las piernas con cascabeles. Algunos danzantes, los que ya estaban completamente vestidos con su colorido atuendo, sonrientes se tomaban fotos abrazados a turistas rubios de ojos azules o verdes vestidos con botas y sombreros de cowboy.

Cuando inició la danza azteca, en honor a la lluvia, sobre un piso de plástico imitación madera, con un gigantesco mural en el que se describía el arribo de los primeros colonos españoles a estas tierras como telón de fondo, (el mural estaba pintado sobre una enorme pared perteneciente a un edificio de oficinas), caí en la cuenta de que, ese día, era Cinco de Mayo. Un cinco de mayo que, por más que busqué en el entorno algún indicio que lo mencionara, no encontré alusión alguna que indicara que estos bailes prehispánicos eran parte de una celebración oficial en honor al pueblo mexicano. Entonces, al ver de pronto a una hermosa niña, vestida de China Poblana, súbito recordé que nos encontrábamos en Arizona. Uno de los estados más racistas y anti emigrantes de la Unión Americana. Un estado que, en los últimos años, por medio de las urnas electorales había logrado aprobar leyes tan retrogradadas que, en cierto modo, recordaban la época más temida del *Ku Klux Klan*; solo que en esta ocasión en vez de linchar negros el objetivo era la migración mexicana. Es decir: la mano de obra barata, casi esclava. Esa mano humilde que vive en la sombra a pesar de ser ellos quienes realizan los trabajos más duros. Muchas veces denigrantes. Que nadie más quiere hacer en esta *Gran Nación* creada por emigrantes.

Minutos más tarde, un poco cansados de ver girar los penachos de los danzantes aztecas encima del improvisado escenario, nos aventuramos a conocer, en el mismo recinto, un pequeño museo. En este minúsculo espacio, de apenas tres habitaciones, exhibían algunos maniqués vestidos con uniformes militares de la época novo-hispana. Y, exhibían también, algunos documentos de época junto con varios artefactos de barro confeccionados por los indígenas de la zona.

En medio de todos estos uniformes y objetos de época había una lujosa vitrina. La que se encontraba seriamente custodiada por un hombre rubio, bajito, panzón, vestido como vaquero. Dentro de la suntuosa vitrina brillaba con luz propia una fina espada de plata. La cual, según rezaba un cartelito, y también según la información que nos diera aquel cowboy que la custodiaba, la suntuosa espada había pertenecido al dictador Santa Ana: ese temido hombre que, en una época remota, convirtiera en ciudadanos de tercera clase a los mexicanos de estas tierras. Y también, de paso, perpetrara su herencia a los de la época actual; quienes seguían siendo tratados como forajidos criminales. Cuando, en realidad, solo eran humildes trabajadores que se aventuran a

arriesgar su vida, caminando por el inhóspito desierto, para no morir de hambre en un país secuestrado por políticos corruptos y otra gente sin valores ni escrúpulos. A los que solo les importan sus intereses materiales. Pero, no les preocupa en nada, defender los derechos fundamentales de sus ciudadanos. Tales como su humano derecho a transitar libremente por el mundo. Casa, comida, salud y educación.

Decidir por cual carretera continuaríamos el viaje, iniciado hace un par de meses en San Francisco, se tornó de pronto algo complicado. Porque cuando se viaja en coche uno quiere ver todo aun sabiendo que eso es imposible. Teníamos enfrente varias opciones. Pero luego de barajarlas todas con muchas dudas al final las redujimos a tres: o bien continuábamos rumbo al oeste por la interestatal número diez hasta llegar a California o nos desviábamos un poco hacia el sur por la carretera número ocho en dirección a Yuma. La tercera opción, por la que al final nos decidimos ya sin pensarlo mucho, era seguir por una carretera alterna que, según el mapa en el que estudiábamos los caminos, trazaba sobre el desierto una especie de medio círculo que después de recorrer más de doscientos kilómetros regresaba a la carretera número ocho, luego de pasar por un poblado llamado Ajo. Pensamos que esa era la mejor opción porque nos gustó aquel nombre: Ajo. También, pensamos que esa era la decisión correcta, porque ofrecía la posibilidad de seguir admirando el hermoso paisaje desértico. Además que nos ofrecía la oportunidad de recorrer gran parte de una enorme reservación indígena asentada en un vasto territorio que hace frontera con México.

Luego de haber visto los rostros de varios indígenas de la tribu Pime no dudé en pensar: que a pesar de las fronteras inventadas y el idioma oficial que ahora los separaba estas tribus (los Pime, los Navajo, y los Pueblo) tenían un parentesco estrecho con los yaquis, los mayos¹, y los seris, que habitan montañas, desierto, y la costa de Sonora.

Entonces, fue así que, poco antes del mediodía, abandonamos Tucson y nos enfilamos hacia el suroeste por la carretera número ochenta y seis. La cual, por cierto, desde el inicio, resultó ser maravillosa. Porque atravesaba esplendorosos valles cubiertos de cactus monumentales (aquí los llaman Saguaros) en los que se veían también, a ambos lados de la carretera, una inmensa variedad de arbustos coloridos en flor; principalmente de color rojo y amarillo. Aparte de otras especies de plantas endémicas. Y cactus tales como nopal, mezquite, y huizaches.

Aquellos inmensos valles, de tierra color rosa coral, al sur y al norte estaban cercados por gigantescas montañas de piedra y esplendorosos volcanes dormidos.

Era un paisaje espectacular. Cobijado por un cielo nítido. Matizado con varios tonos de azul.

Era un cielo en el que apenas se veían dibujadas algunas nubes.

Unas nubes tan blancas, de formas tan distintas, que a lo lejos semejaban ser manchas algodón o de nieve. Trazadas sutilmente en el espacio infinito.

Manejando a una velocidad moderada, con las ventanillas abiertas para respirar el aire puro de aquel paraje intacto del paraíso, al respirar, provocaba en el cuerpo una conmovedora sensación de LIBERTAD... Una libertad que pocos kilómetros más adelante, se vio vulnerada. Por un

enorme letrero que nos ordenaba disminuir la velocidad porque nos acercábamos a un retén de la policía fronteriza.

Siendo ciudadano natural del país, quizá por ironía del destino, y mi mujer residente legal, no teníamos de qué preocuparnos. Pero, aun así, como ocurre siempre, cuando uno inevitablemente tiene que justificar su existencia ante estos absurdos individuos, nos asaltó el temor. Un temor irracional que tensó nuestros nervios.

Cuando arribamos al retén de la policía migratoria nos dimos cuenta que la revisión de documentos solo se llevaba a cabo en el sentido opuesto al que nosotros conducíamos. No obstante, manejando a poca velocidad por el carril en el que circulábamos, nuestro automóvil y nuestros rostros fueron grabados y fotografiados por numerosas cámaras de foto y video instaladas en ese tramo de la carretera.

Después, a partir de ese momento, nuestro encuentro con camionetas y autos de la policía migratoria se volvió constante: o bien las patrullas circulaban a poca velocidad por ambos lados de la carretera o bien se encontraban apostadas, solas o en grupo, en puntos que supuse consideraban estratégicos a lo largo del camino. Aquella zona, como era sabido por muchos, en los últimos tiempos, se había convertido en la ruta principal de los migrantes indocumentados. Una ruta azarosa, difícil, y peligrosa. La que muchas veces, desafortunadamente, se convertía para los migrantes en una trampa mortal. Debido al clima extremo del desierto. Un clima extremo que, al igual que las autoridades migratorias estadounidenses, no tenía piedad con estos hombres y mujeres que arriesgaban sus vidas caminando por aquel inhóspito mundo en busca de una oportunidad para mejorar su destino.

A lo largo de aquel trayecto, por el inmenso desierto, fuimos reconociendo varios puestos, colocados de forma discreta, en los que algunas organizaciones humanitarias depositaban agua y alimentos para los migrantes que transitaban por esos caminos. Organizaciones humanitarias que, a pesar del ferviente y radical sentimiento anti emigrante del estado, desafiaban leyes federales y locales para cumplir su cometido humanitario: *Dar de beber al sediento...*

Algunas de estas organizaciones humanitarias, formadas en su mayoría por miembros de algún culto cristiano, en alguna ocasión, como notas sin importancia en los diarios nacionales, se mencionaban porque alguno de sus militantes había sido detenido, o puesto en libertad condicional, acusado de violar una ley que impide ayudar, transportar, o alimentar a cualquier persona indocumentada que se encuentre dentro de la zona territorial del estado: en muchos casos, dichos activistas humanitarios, pasan largas temporadas en el limbo, esperando ser sentenciados a varios años de prisión por el simple hecho de ser fieles a sus principios morales: ayudar humanitariamente a quien lo necesite.

Por espacio de más de dos horas continuamos manejando en medio de aquel hermoso paisaje. El cual, como todo lo que pertenece a la naturaleza, llevaba implícita una eterna dualidad: la belleza tiene intrínseco el peligro. Y mientras conducíamos sin prisa, por aquel territorio perteneciente a los indios Pime, sin proponérmelo conscientemente, mientras admiraba el paisaje reflexionaba un poco acerca de lo absurdo que pueden ser las leyes inventadas por el hombre. Leyes que, la mayoría de las veces, contradicen y advienen la propia naturaleza del ser humano. Entre otras cosas: el movimiento eterno al que hemos sido destinados dentro y fuera de nuestros cuerpos.

Porque nuestra sangre fluye por las venas sin necesidad de nuestra autorización.

Igual que nuestro corazón palpita a pesar de estar muchas veces en contradicción con nuestros pensamientos.

Fue cuando nos acercábamos a un pueblo llamado: Why. que en mis pensamientos me preguntaba cómo era posible que, un hombre como el fascista Arpagio, (un temido y cruel alguacil de un famoso condado en Arizona) justificaba su proceder adjetivando que sus actos eran correctos porque eran apegado a la ley. El tal alguacil goza de inmensa popularidad entre una gran mayoría de seres retrógrados como él, quienes, en su fanatismo obtuso, justifican en el nombre de la ley actos tan crueles e inhumanos como son mantener a cientos de prisioneros, todos vestidos con uniformes a rayas, en siniestros campos levantados a la intemperie en la inhóspita inmisericordia del desierto. Gran parte de los presos, hacinados en dichos campos parecidos a los campos de concentración nazi, suelen ser emigrantes sin documentos; los que fueron arrestados por haber cometido cualquier delito menor risible: tal como haber sido sorprendidos manejando sin seguro automovilístico o licencia de conducir. Delitos por los cuales deben cumplir condena a la intemperie. Realizando como parte de su condena, antes de ser entregados a la policía migratoria para ser deportados a su país de origen, trabajos forzados que duran largas jornadas bajo el inclemente calor desértico. Un hecho deplorable que, por la forma y el método, inevitablemente, recuerda a cualquiera las dolorosas imágenes que se conocen de los judíos en los campos de exterminio.

Media hora más tarde comenzó a caer el sol sobre el horizonte cuando la pequeña carretera ochenta y seis, por la que habíamos circulado varias horas, al llegar a Why se bifurcaba en dirección norte y sur; habíamos llegado a una nueva encrucijada. Por tanto, otra vez, debíamos decidir por cual camino continuar: hacia el norte llegaríamos a la autopista que nos llevaría a Yuma y hacia el sur, esta nueva carretera, nos conduciría a los confines de un parque nacional llamado: Organ Pipe National Monument. Un ecosistema protegido que, desde hace tiempo, queríamos conocer.

La entrada al parque solo quedaba a escasos cincuenta kilómetros de donde nos encontrábamos momentáneamente detenidos. Así que luego de un momento de dudas, al final, tras discutirlo brevemente nos decidimos enfilarse hacia el sur; donde aparte de la entrada al parque nacional, también, a pocos kilómetros de este se encontraba la frontera con México.

Si nos dábamos prisa, pensamos, llegaríamos al parque a tiempo para hacer una larga caminata por el desierto. Y, quizá, desde lo alto de una meseta contemplar el atardecer. También, si no nos demorábamos mucho viendo caer el sol, poco antes de terminar el ocaso quizá podríamos acercarnos a la frontera. Para contemplar desde el lado sur de la línea imaginaria; el lado sur que al otro lado es el norte, el final de la tarde apagando sus luces sobre las calles polvorientas de Sonoita.

Tras media hora conduciendo arribamos a los predios de la reserva ecológica, donde, por cierto, a esa hora, nos encontramos solos. Estacionamos el auto y de inmediato nos internamos por la primera vereda que encontramos tazada sobre la tierra seca. Por la que dimos un largo paseo, abriéndonos camino entre arbustos repletos de espinas y cactus monumentales llamados órganos, de los que admirábamos su belleza y gigantesco tamaño a la luz naranja del sol. Una luz ante la

que se dibujaban sus diferentes formas de piel verdosa. La observada de cerca, bajo esta luz del atardecer, según nos movíamos por el camino serpenteante, lucía distintos matices. Que, mágicamente, contrastaban con el piso pedregoso multicolor sobre el que movíamos nuestros pasos. Ya iniciaba el ocaso. Por eso la luz, tanto en el cielo como en la tierra, hacia donde miráramos era un caleidoscopio maravilloso.

Cuando avanzábamos por alguna pendiente en dirección al oeste, nuestra visión de estos fantásticos seres, los cactus, cambiaba a cada segundo. Entonces aparecían de pronto como siluetas negras recortadas a contra luz. Eran siluetas de forma perfecta que semejaban una especie de danza ejecutada al ritmo de un suave soplo de viento sobre los colores violeta, naranja, rojo, coral, granate, blanco grisáceo y azul variante de un infinito majestuoso.

En resumidas cuentas, hacia donde se mirara aquel magistral paisaje desértico, uno siempre se encontraba frente a una imagen fantástica.

El cielo estaría completamente oscuro en poco más de una hora y nosotros aun tendríamos que desandar camino para llegar a la autopista número ocho, la autopista que conduce a Yuma sobre la que pensábamos buscar un motel barato para pasar la noche. Pero aun así, sabiendo que nos quedaba poco tiempo para que anoheciera, todavía decidimos manejar los pocos kilómetros que nos faltaban desde el parque hasta un minúsculo pueblo llamado: Luckeville. Un sitio que hace frontera, en ese punto al extremo sur de Arizona, con el estado de Sonora. Al subir al auto pensábamos que, si nos dábamos prisa, podríamos comprar una taza de café en cualquier sitio de la frontera y terminar la contemplación del atardecer sobre tierra mexicana... Pensar esta absurda idea, la de un cielo y una tierra dividida por nombres y líneas imaginarias me provocaba risa, al mismo tiempo que me incomodaba profundamente. Porque sabía que esta idea absurda de las fronteras, causaba mucho dolor, sin sabores abismales, y muertes incontables.

El ansiado café lo encontramos en una gasolinera, en la que a su vez vendían un gran surtido de alimentos, tanto mexicanos como gringos. Dicho establecimiento era el último comercio, o el primero, según se viera, en territorio norteamericano. Conforme avanzábamos a baja velocidad, al mismo tiempo que nos acercábamos a la gasolinera, en la que aparte de combustible, café y alimentos, también vendían seguros para automóvil que viajaban a México, en el lado opuesto de la carretera avistamos un impactante puesto de revisión de la policía migratoria estadounidense el cual, con solo verlo de lejos, me provocho escalofrío. Porque era un sitio atemorizante, repleto de cámaras de foto y video, y luces potentes, empotradas en gigantescos reflectores. El puesto de control migratorio estaba dividido en varios carriles para automóviles cercados con imponentes mallas de alambre coronadas con filosas púas. Era una visión inquietante. La cual, sin saber bien por qué, rápidamente me hizo recordar escenas de varias películas de ciencia ficción; escenas en la que la seguridad contra los invasores espaciales era súper sónica.

El café era de mala calidad. Lo sabíamos desde antes de comprarlo. Pero aun así, nuestro deseo de beberlo era mayor, por eso lo compramos. Era un café aguado, con aroma artificial, al que hubo que agregar el contenido de unas latitas de plástico llenas con un líquido espeso y blancuzco que supuestamente era sustituto de leche. Una de *las grandes virtudes del mundo civilizado* es que los alimentos pueden ser procesados, saborizados, y manipulados al antojo de la industria alimenticia, sin tener en cuenta las consecuencias de salud que tendrán en el cuerpo del consumidor; lo importante es ganar dinero. Un hecho que, ahora, en el debate nacional, *sorpresivamente*, la opinión pública, se pregunta el porqué de los índices explosivos de mortalidad

causada por cáncer y los problemas físicos mortales derivados de la diabetes. En fin. Nosotros no podíamos ser la excepción al envenenamiento colectivo. Por eso, a pesar de todo, compramos nuestro dudoso café. Mientras pagábamos en la caja el costo de nuestro consumo, aprovechamos para preguntar al encargado del establecimiento, un hombre moreno, alto, bigotudo, que tenía la radio sintonizada en una estación en la que los locutores hablaban español, si él podía darnos informes acerca del seguro automovilístico... También le preguntamos si podría decirnos cuanto costaba el permiso para internar nuestro coche a México... La última vez que cruzamos la frontera, manejando desde San Francisco hasta Tulum, había sido hace cuatro años. Por lo cual no estábamos seguros, de cuanto habían cambiado las cosas en la línea fronteriza. Entonces el hombre nos preguntó que hasta donde pensábamos viajar en México... Y le respondimos: que si no era difícil ni caro nuestro deseo era conocer Puerto Peñasco y la reserva de la biosfera llamada: El Pinacate. Nos respondió que para hacer eso, no había problema, que podríamos cruzar la frontera sin necesidad de visa ni seguro para el coche. Y tampoco necesitábamos permiso para internar el automóvil al país porque era zona libre hasta cuatrocientos cincuenta kilómetros al sur... Le dimos las gracias por la información y salimos en busca de nuestro coche; lo habíamos decidido todo en un segundo: terminaríamos de contemplar el atardecer manejando bajo cielo mexicano rumbo a la costa desértica donde rompen las olas mansas del mítico Mar de Cortez.

El contraste al cruzar el espacio fronterizo mexicano de su contraparte era notorio: antes de cruzar al lado mexicano tuvimos que detenernos frente a una caseta tipo militar, en la que un policía de aduanas muy joven nos interrogó de forma amable, con algunas preguntas como: ¿Dónde vivíamos... a dónde íbamos... por cuánto tiempo... y si éramos ciudadanos norteamericanos? Como respondimos satisfactoriamente a todas las preguntas, el policía, nos deseó suerte en el viaje y un segundo después pusimos el coche en marcha para recorrer despacio los escasos metros que separaban la caseta de la guardia fronteriza del puesto aduanal migratorio mexicano. Donde apenas acercarnos a una línea blanca de metal flotando en el horizonte nos recibió una luz verde: era una luz simbólica con la que se nos indicaba que podíamos entrar a territorio mexicano sin pasar por ningún tipo de revisión. Cuando cruzamos la línea imaginaria que divide los dos países, en el costado derecho del puerto migratorio vimos apostados a tres agentes de aduana mexicanos enfrascados en una conversación quienes solo nos miraron indiferentes a nuestro paso a territorio sonorense pero sin decirnos nada. Así que, segundos después, sin nada ni nadie que nos bloqueara el paso rodábamos sin prisa con rumbo al suroeste, sobre una calle polvosa, iluminada por la luz del atardecer. Era una calle sobre la cual, pocos metros más adelante, apareció en el horizonte un enorme letrero escrito en inglés, en él se advertía a los conductores gringos manejar con precaución, que estaba prohibido portar armas, y también se anunciaba con otras letras más grandes que uno se encontraba viajando por una *Zona Libre*... Después de leer aquel letrero, y ver en el lado opuesto de la carretera la enorme fila de automóviles esperando turno para ingresar a los Estados Unidos, y tras recordar breve la enorme cantidad de patrullas de la policía migratoria que nos encontramos en el desierto, y al recordar que Arizona es uno de los estados de la Unión que cuenta con una gran cantidad de leyes anti migratorias racistas que particularmente son impuestas a la comunidad indocumentada mexicana, y luego de recordar que en días recientes el Presidente Obama había dado un *gran discurso* acerca de la política migratoria en la capital mexicana, no pude evitar que llegara a mi mente la idea de cuantos privilegios puede comprar el poder y el dinero: por una parte, los ciudadanos mexicanos, sobre todo los que pertenecen a la clase económica menos privilegiada, no pueden ni sueñan con transitar libremente por un territorio en el que los consideran invasores y hasta criminales por el simple hecho de vender su fuerza de trabajo a precio muy bajo. Por otra parte, conforme pasan los días, de nuestra estancia en *Rocky*

Point, (Puerto Peñasco) voy descubriendo que aquí también la tierra está dividida entre pobres y privilegiados: el pequeño pueblo porteño, además de ser pintoresco, ofrece un clima que durante varios meses, según nos cuentan y comprobamos en estos días de estancia, es único. Por eso, una gran cantidad de norteamericanos, principalmente de Arizona, residen o vacacionan en estas hermosas playas de arena blanca bañadas por las aguas mansas de un mar color esmeralda. Por eso, el enorme contraste entre los pobladores locales, sonorenses en su mayoría, y los norteamericanos que poseen casa o condominios frente a la playa, se hace evidente cuando uno pasea un poco en coche por distintas zonas del área. Por ejemplo: las calles maltrechas trazadas sobre el desierto en un sitio llamado *Puerto Viejo* o centro están repletas de construcciones irregulares de todo tipo. Las que van desde humildes viviendas de un solo cuarto, construidas con madera y láminas de metal y cartón, hasta faraónicas construcciones estilo mediterráneo o californiano; hay algunas de estas construcciones que parecen abandonadas, se encuentran medio construidas, o a punto de sucumbir, en las que habita la gente originaria de la zona. Pero, cuando uno se adentra un poco, sobre un camino de tierra, hacia la parte norte de la playa, con rumbo a un sitio paradisiaco llamado: Playa la Cholla, el tipo de construcción cambia de forma dramática. En esta zona de calles de arena por todas partes se levantan sólidas construcciones en distinto estilo, tradicional o moderno, que en su mayoría tienen vista al mar. Son portentos arquitectónicos, en los que es notorio, por su estilizado aspecto, el poder económico de sus habitantes. También, mientras se conduce despacio por esta zona, sorprendido de encontrarse con un mundo aparte, desarrollado frente a una hermosa bahía color turquesa, por muchos lados se ven enormes letreros, mal escritos, en español, que advierten que uno se encuentra en *Propiedad Privada... Que no hay acceso a la playa*, (algo que, según entiendo, es anticonstitucional) y *que está prohibido estacionarse...* lo que, por un momento, por alguna razón extraña me hace sentir que aún sigo en Norteamérica. Donde todo está prohibido y se rige por leyes que amparan con sangre la propiedad privada.

Y, este, un sentimiento de temor, es el mismo sentimiento que me produce ver, entrar, y estar en uno de esos tantos edificios de condominios, fuertemente custodiados por guardias armados, que fueron construidos frente al mar. En donde se ofrece a turistas y residentes, tanto gringos como nacionales, con dinero, obviamente, el privilegio de una *Vida Exclusiva...* Una vida exclusiva, exquisita, que también reluce en el sitio que nos hospedamos.

Nos hospedamos en este lugar porque en el pueblo las ofertas eran pocas, caras, y de mala calidad.

Esta mañana, por simple curiosidad, me aventure a preguntar a una empleada del lujoso condominio cuál era el precio de uno de estos suntuosos apartamentos... Uno de esos exclusivos apartamentos de una recámara, salón, cocina, baño, y una pequeña terraza; me dicen sonrientes que cuesta alrededor de trescientos mil dólares... Los dichosos apartamentos, me dicen, cuentan con lujosos acabados; tales como piso de mármol, aire acondicionado, cocina integral con lavatrastos y cubiertas de granito, además de un hermoso balcón desde el cual se ven las piscinas y también se puede contemplar libre el cielo y el mar; también, desde este lujoso y privilegiado balcón, cada día, sobre la arena ardiente de la playa, a pesar del inclemente calor, se puede observar a los indígenas mexicanos, Yaquis o Seris, que caminan incansables de un lado a otro de la playa, ofreciendo humildes a *los turistas exclusivos y privilegiados*, como nosotros, sus joyas artesanales de pedrería y otras mercancías elaboradas con sus manos.

Haberme acercado a la oficina de ventas, en este sitio exclusivo en el que nos hospedamos, luego de explicarme detalladamente los beneficios que obtendría comprando un lujoso apartamento de trescientos mil dólares, la vendedora, una mujer amable, rubia, de ojos azules, con un apellido

compuesto anglo-español, hablándonos todo el tiempo en inglés nos ofrece quedarnos otro par de noches por el módico precio de cincuenta dólares por noche: la estancia sería en un apartamento ubicado en el décimo piso del edificio, el que regularmente costaría trescientos dólares por noche, pero ella nos lo ofrece, a ese precio para que *probáramos y sintiéramos el placer que ofrece la exclusividad...* Y aceptamos la oferta para conocer a fondo *el placer de tales privilegios*. También aceptamos la oferta un poco para jugar el juego de las apariencias; mi mujer es alemana, rubia de ojos azules, y yo... ante los ojos de muchos no parezco lo que en Estados Unidos consideran un descendiente de mexicanos. Quizá, por eso, por nuestra apariencia, fue que la mujer nos habló de una significativa reducción de precio, alrededor de cincuenta mil dólares, si decidíamos comprar el apartamento pagando en efectivo.... Tal vez por nuestra apariencia, aquella mujer rubia bajita, muy amable, pensó que estaba tratando con una pareja de ricos californianos cuando, en realidad, nuestra vida es modesta y solo vamos buscando por el mundo lugares hermosos donde vivir barato. Barato para nuestros estándares de clase trabajadora norteamericana: ricos y privilegiados en comparación con los estándares de vida de la clase trabajadora mexicana.

Hoy, es sábado, y en la playa semiprivada de los condominios y en las instalaciones del edificio que los alberga hay más gente que los días anteriores; es un día espléndido. Soleado y tibio. En el que sopla suave una brisa fresca proveniente del mar. La que hace placentero el transcurrir tranquilo del día.

Hoy, desde temprano, a todos lados hacia donde observe hay una actividad ferviente: gente jugando a la pelota en la playa, motos acuáticas que van y vienen escandalosas rompiendo con su ruido absurdo el ambiente apacible del mar, niños corriendo en la arena o chapoteando alegres en la enorme piscina del edificio de lujo, música en el bar repleto de bebedores quienes disfrutan al máximo el fin de semana desde primera hora. También, por todas partes, es notoria la presencia de un ejército de trabajadores. Los que amables y respetuosos, a pesar de ganar sueldos de miseria, atienden a los huéspedes de manera profesional. Los huéspedes que, por cierto, son en mayoría norteamericanos. Por eso, hacia donde preste atención, el idioma predominante es el inglés; las pocas personas que a ratos escucho hablar en español son los empleados del bar y los vendedores de artesanías, lentes para el sol, sarapes, joyas de pedrería, y sombreros que llevan colocados sobre la cabeza uno sobre otro como si fueran varios pisos de una torre multicolor. Pero, por lo demás, en todas partes escucho a todos hablar inglés. Un hecho extraño que me hace sentir como si nunca hubiera cruzado la frontera. Al mismo tiempo me hace sentir como si en lugar de estar en Sonora me encontrara en alguna playa californiana o en la Florida. Es algo raro. Que, por un instante, mientras contemplo desde el balcón el paisaje y a las mujeres hermosas tomando sol tiradas sobre la arena en la playa me hace recordar de pronto una noticia que escuchara hace pocos días por cable en el noticiero nacional en español transmitido desde Miami porque aquí en el sitio donde nos hospedamos la tele llega por cable y son canales que transmiten desde Phoenix.

La noticia a la que me refería, era una en la que se comentaba algo acerca de una propuesta de ley, supuestamente aprobada ya, por la Cámara de Diputados de la última legislación mexicana. Una propuesta de ley, mediante la cual, el flamante Presidente Constitucional, Enrique Peña Nieto, proponía la modificación a un artículo de la constitución para hacer posible, mediante esta modificación, la legalización de compra de tierra en fronteras y litorales a inversionistas extranjeros. Una modificación que, de ser aprobada por La Cámara de Senadores, legitimaría la *Expropiación* de una buena parte del territorio nacional. Por lo que, como el caso de esta tierra

sonorense, la costa del Caribe y buena parte del litoral del Pacífico, permitiría la compra de tierra a las comunidades de ejidatarios, en su mayoría indígenas, a precios de risa; para ser especulada luego a precios estratosféricos que se cotizarían en euros o su equivalente en dólares. Precios que, cualquier mexicano medio, nunca podría aspirar a pagar. Lo que solo contribuiría, gracias a los salarios de miseria que se pagan en el sector de servicios y otros relacionados al turismo, que muchos de los habitantes naturales de estas zonas, al ya no poseer nada, solo les quedara la opción de ser esclavos en su tierra o emigrar ilegales, arriesgando sus vidas, en pos de un sueño absurdo que luego para muchos se torna en amarga pesadilla.

Al ver a aquellas mujeres hermosas dorando sus suaves pieles sobre la arena blanca frente al mar turquesa, de pronto, me hizo recordar un anuncio que viera hace pocos años en Tulum; era un cartel en el que anunciaban la venta de un pedazo de tierra de 25 x 25 metros cuadrados en trescientos cincuenta mil dólares...Un pedazo de tierra, por el cual, seguramente, a un pobre campesino maya en apuros económicos le habrían pagado la sarcástica suma de mil dólares.

Con esta genial propuesta de ley, formulada por el actual Presidente mexicano, pensé; que además de autorizar el monopolio y la especulación de un bien común, la tierra, se abriría la puerta a un espacio sin retorno. Se abriría la puerta a un nuevo territorio sin fronteras aparentes al que solo tendrían acceso pocos mexicanos. Por el simple hecho que todo sería dolarizado. Y, por tanto, los nuevos precios serían inalcanzables para cualquier familia común que sueñe con conocer alguno de esos paraísos vacacionales.

Poco más tarde trataba de visualizar el futuro de los litorales mexicanos... A la vez que miraba con nostalgia en mi mente un pasado no muy lejano cuando muchas de las costas mexicanas eran un verdadero paraíso porque no conocían aún las desgracias del progreso. Un progreso fundado en la avaricia, la corrupción, y en la destrucción del medio ambiente. El cual, carece de importancia, porque solo se piensa en pos de materializar una idea tan abstracta como lo es el dinero y los números con los que se representa. Con mucha tristeza tuve que aceptar que las cosas cambian. También con tristeza tuve que asumir que, yo, un simple ser sin poder de ningún tipo no tenía mucho que hacer; además de contemplar el mundo y sonreír con ironía. Porque *El Progreso*, con la complicidad de los gobernantes, cada día mueve sus fronteras imaginarias e invisibles para crear nuevos territorios que valen millones de dólares. Un hecho que, a su vez, me recordó de pronto una situación parecida aunque distinta al caso del litoral mexicano: fue una vez, hace tiempo, cruzando El Lago Titicaca por el lado boliviano, donde luego de que nuestros documentos migratorios fueran revisados por la Policía Marina del país (un hecho irónico porque Bolivia no tiene mar), un boliviano que viajaba con nosotros en tono burlón me hizo el siguiente comentario: *Nuestros marinos cuidan las aguas del Titicaca porque los chilenos amablemente se encargan de cuidar nuestros mares...* Algo que, quizá, un día no muy lejano ocurrirá con los litorales mexicanos. Donde sus ciudadanos solo serán trabajadores de tercera clase hacinados en barracas medio construidas. Trabajando de sol a sol como esclavos de la era moderna para subsistir miserablemente. Viviendo *agradecidos con una Inversión Benévola que les trajo a sus tierras progreso y empleo...* Una inversión generosa que transformó su hábitat natural y su cultura. En zonas, de las cuales, como una plaga, tarde o temprano, tendrán que partir para engrosar los numerosos ejércitos de desposeídos. Quienes a costa de sus vidas, la destrucción de su hábitat, y la destrucción de sus familias emigran y se abren camino a golpes, a pesar de ser tratados injustamente como criminales; y ser tildados de manera déspota como: ILEGALES.

Cuando, simplemente de África hacia Europa, de Oriente medio y Asia a todo el mundo, y de América Latina entera hacia Europa y Estados Unidos solo son personas que buscan un sitio en el mundo donde DIGNIFICAR sus vidas.

Sus vidas humildes y sencillas que no tienen lugar ni cabida en esos mundos que ellos construyen con sus manos para que unos cuantos seres insensibles vivan de manera *EXCLUSIVA* su cruel sueño de sentirse privilegiados.

ⁱ Los mayos (también conocidos como los yoreme) pertenecen a una tribu indígena de las tierras bajas de Sonora.